

EN MENOS DE DIEZ DIAS, CUATRO ACTOS DE SADISMO EN MADRID

17 de febrero.—«Se buscan testigos de un intento de rapto en Velázquez, esquina a Goya. Un joven quiso meter a la fuerza en su coche a una colegiala».

«Unas niñas fueron abordadas por un desconocido en la calle Zurbano, cerca de un colegio, y en la misma zona otro hombre trató de "cerchar" a una muchachita».

23 de febrero.—«Las alumnas del colegio de monjas La Divina Providencia (Usera), asustadas por un sádico exhibicionista... Hay madres que no llevan a sus hijas al colegio por temor al sádico».

23 de febrero.—«Una sueca raptada y abandonada por cinco individuos».

23 de febrero.—«Dos estudiantes californianas residentes en Madrid fueron asaltadas en

Toledo la noche del día 16... Se lanzaron sobre ellas golpeándolas y derribándolas al suelo, violando a una. Después, las dejaron abandonadas sobre un charco de agua y se dieron a la fuga».

24 de febrero.—«Cerca del colegio de Antonio Orozco Miret, de la calle Gorrión, 2, fue detenido M. H. A. cuando se hallaba en una actitud de exhibicionismo. Declaró: "Soy un canalla. No tengo perdón de Dios". El exhibicionista tiene cuarenta y cinco años, lleva quince casado y tiene cuatro hijos».

7 de marzo.—«Ha sido detenido A. G. S., de veinticuatro años, que se confesó autor de actos exhibicionistas en los antiguos pabellones de Auxilio Social, de la barriada de Usera».

(De la prensa madrileña)

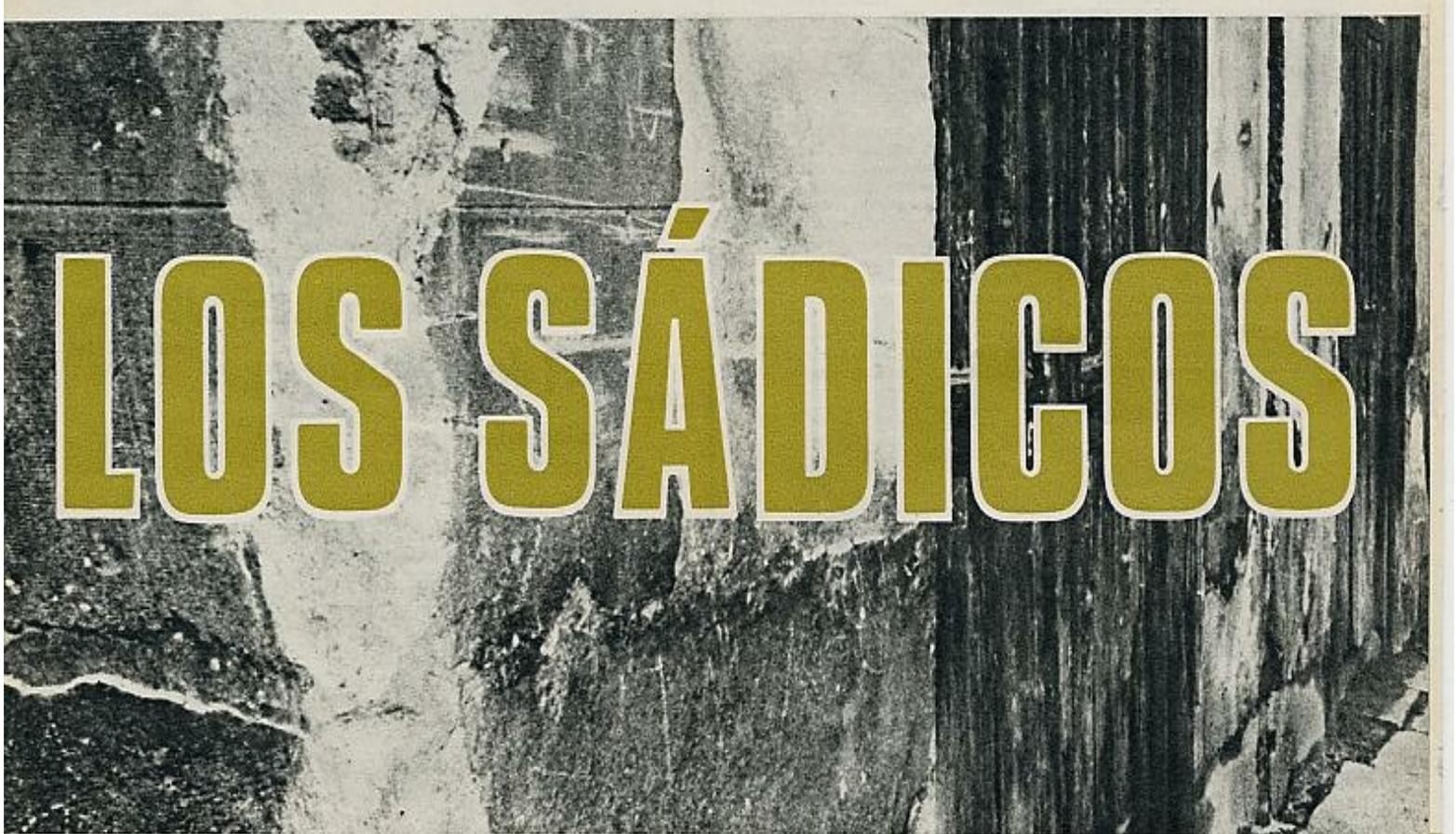
UNA ola de pánico. La madre advierte a su hija, mientras le abrocha el abrigo, que por las calles andan hombres malos. Por su parte, la niña recuerda el cuento de Caperucita que muy gráfica y sádicamente le contó su madre unos años antes. Ca-

sos de pervertidos, como los que acabamos de reseñar, vienen a fortalecer en la mente del niño el maniqueísmo en el que se les ha educado. Existe lo bueno: el mundo familiar, el colegio, las amistades de los padres, los personajes de la televisión. El resto

es una zona oscura y peligrosa, donde reside el mal. Y, sin embargo, la perversión y, concretamente, el sadismo es algo cotidiano y familiar: los malos tratos injustificados de ciertos padres a sus hijos, las relaciones a veces turbadoras de los padres, los juegos brutales de los colegiales con la mosca que se posa encima del pupitre o con los perros callejeros, el trato humillante al débil de la clase... El sadismo es secretado diariamente por la sociedad; en ocasiones llega a la transgresión de la ley y otras veces, las más, es de consumo normal. Antes de dar paso al reportaje en el que se ofrece una galería de los sádicos más famosos y un estudio de su complejo mecanismo psíquico, es conveniente decir que el término sádico ha sido incorrectamente empleado por la prensa en varias de las noticias que aparecen sobre estas líneas. El sadismo es una perversión distinta a la del exhibicionismo, como lo es también, por ejemplo, del voyeurismo.

ERISEBET BATHORY era princesa en Transilvania, llevaba sangre real. Su primo Esteban —muerto en 1586— fue Rey de Polonia. Vivía en el castillo de Csege y murió en él; murió emparedada en una celda, donde resistió durante tres años y medio a la soledad absoluta y a la imposibilidad de jugar al único juego que conseguía distraer su inmenso aburrimiento principesco: torturar muchachas, hacerlas asesinar ante sus ojos, bañarse en la sangre de las víctimas recién sacrificadas. Cuentan las crónicas que Erzsébet Bathory

dispuso así de la vida de unas seiscientas vírgenes transilvanas; cuentan que, cuando viajaba, hacía escoltar su carroza de una carreta con víctimas vivas. Los viajes de Praga a Viena, de Viena a Budapest, eran largos y tediosos. ¿Qué mejor que, de cuando en cuando, detener el coche y, en medio de la agradable campiña transilvana, con la dulce compañía sonora del viento entre las ramas, el canto de los pájaros y el murmullo de un riachuelo, torturar lentamente a una muchacha, impregnarse de sus gritos, hacerla matar y frotarse luego las manos y la cara con la joven sangre fresca y cálida? La nobleza consideraba un honor invitar a sus castillos a la joven princesa de grandes y cálidos ojos negros; solamente que, ya se sabía, era un tremendo fastidio, cuando se iba la princesa, buscar los cadáveres que hubiese dejado enterrados en el parque. A veces, algún tiempo después, un hedor insoportable llamaba la atención de los castellanos hacia un ala abandonada del palacio: la busca —tras el rastro del olfato— llevaba hacia algún armario, algún rincón oscuro, donde se podría el cadáver de una víctima de Erzsébet, que, por lo demás, era agradable conversadora, culta, dulce de trato. ¿Y qué otra cosa podía hacer con sus cadáveres? En sus castillos propios había instalado salas especiales para matar; la sangre corría fácilmente por los canalillos abiertos entre las losas de piedra. En los castillos de sus amigos no existía esta forma de confort. No iba a cometer la falta de delicadeza de dejar un ca-



LOS SÁDICOS

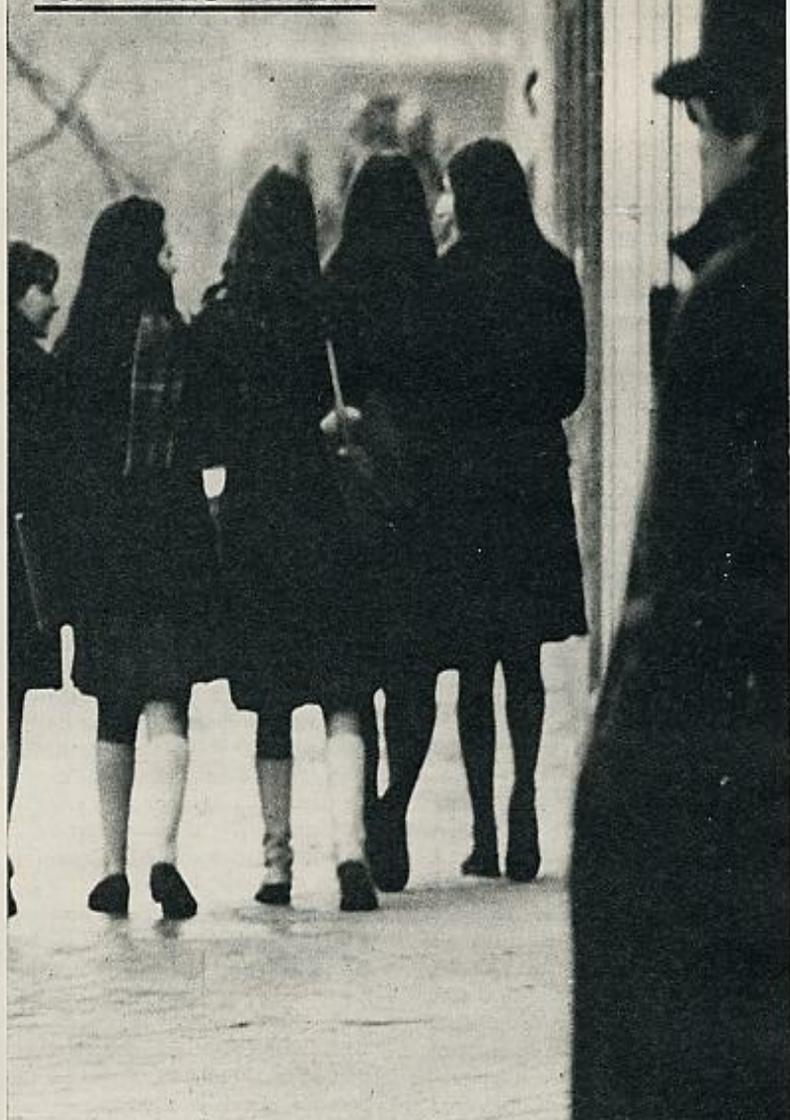
dáver abandonado en la sala de armas, en el pabellón de caza o en el centro del gran salón de baile: los ocultaba donde podía. De esta verídica historia de la princesa Bathory en las selvas de Transilvania salió, sin duda, la terrible narración de Bram Stoker, «Drácula», y de ella han brotado las innumerables historias de vampiros transilvanos que han constituido uno de los mejores temas del cine, desde el ingenuo, balbuciente y cómico «Nosferatu», de Murnau —que conmovió de emoción a los superrealistas franceses—, hasta el humorístico y a veces inquietante «Baile de los vampiros», de Roman Polanski, el último film —por ahora— de la serie. Con un poco de imaginación y de intuición filológica se podría atribuir el prefijo «bat» con que empieza el nombre de la princesa al vocablo inglés «bat», que significa murciélago, y la atribución de condiciones de murciélago a los vampiros humanos, aprovechándose de la nocturnidad del animalito, y a la forma de sus alas membranosas, que le dan el aspecto de un caballero siniestro y elegante; pero, como cualquier zoólogo aficionado sabe, los murciélagos no se han nutrido jamás de sangre humana, diga lo que diga la leyenda popular, sino de insectos, y resultan muy útiles para luchar contra el paludismo y defender ciertas plantaciones.

Erzsebet Bathory era una sádica antes de que existiese el nombre, que no vendría al lenguaje hasta que lo tomara del tímido, sensible y soñador marqués de Sade, a fines del siglo XVIII, cuyos libros describiendo los refinados placeres voluptuosos de

la mezcla de la crueldad y el erotismo fueron escritos principalmente en la soledad de una celda de prisión. La Bathory tuvo, al fin, que ser juzgada; sus cómplices, las damas-verdugo de las que se servía para terminar sus obras, fueron ejecutadas. A ella la salvó su intangible sangre real, su rango poderoso, y se la recluyó de por vida, que fue corta. Habían pasado casi dos siglos de la muerte de Gilles de Rais.

BARBA AZUL ■ Era una pareja conmovedora la que formaban por los campos de Francia este rudo y valiente gigantón, de barba heroica, y la doncella diminuta y pálida, con la frente iluminada por una misión del más allá, llamada Juana y pasada después a los altares con el nombre de Santa Juana de Arco. Cuando todos se burlaban de ella, cuando era incapaz de convencer a nadie de que tenía la misión del cielo de salvar a Francia de los ingleses, el buen caballero Gilles de Rais la escuchó, la defendió, la respetó y se fue con ella a la guerra. Las últimas cuentas dicen que Gilles de Rais había asesinado unos novecientos niños. El tribunal que le juzgó sólo sabía, entonces, de unos trescientos. Gilles de Rais negó que nadie tuviera el derecho de juzgarle, se negó a declarar. Su alcurnia, su nacimiento, su poder, le ponían a cubierto de procedimientos judiciales inventados para el común. Sólo la amenaza de la excomunión pudo doblegarle. Gilles de Rais era un buen creyente. Fue ejecutado, mientras rezaba. Gilles de Rais tenía, dicen sus cronistas, la barba azul. De aquí iba a arrancar otra

Por **PABLO BERBEN**



UN ESTUDIO
SOBRE
LA CRUELDAD



Petiot, criminal masivo, aprovechaba su consulta médica para atraer judíos a los que prometía sacarles del país; les asesinaba y guardaba su dinero y joyas. ¿Buscaba el dinero o el placer del crimen?

leyenda literaria: la de Barba Azul. Un cuento que las madres cuentan a sus hijos. Cuando lo cuentan están realizando un acto de sadismo sin saberlo; rechazarían indignadas cualquier insinuación en este sentido. Cuando los niños lo escuchan, son actores pasivos de una situación de masoquismo. El caballero Leopoldo Sacher Masoch, un doctor austríaco del siglo XIX, dio su nombre propio a este sentimiento que encuentra placer a partir del dolor, y el miedo voluptuoso es uno de sus vehículos.

SEXO Y DOLOR El doctor Sacher Masoch, autor de «La Venus de las pieles»; el marqués de Sade, autor de «Justina», aliaban directamente el sexo con el dolor. Los crímenes de Gilles de Rais estaban asociados a acciones sexuales. Los de la princesa Bathory son menos seguros, pero el hecho de que escogiera sus víctimas entre un mismo sexo, el femenino, y una misma categoría de edad, lo hace sospechoso. Aunque hay otras versiones posibles: el odio a su propia condición de mujer y a la condición de mujer en general, el terror a la vejez —la leyenda de que la sangre joven revivifica y es una fuente de eterna juventud es muy antigua— o algún problema de los que llamamos sociales en la terminología de hoy. La relación sexo-dolor es muy oscura aún, muy dudosa. La sociedad se apresura a colgar la etiqueta de desviación sexual a todo crimen que no comprende bien: la sociedad necesita encontrar pronto medios para justificar su repudiación de ciertas formas sexuales que no la convienen, y aprovecha muchas veces circunstancias para mostrar cómo «el camino de la desviación sexual conduce al crimen». Todos estos conceptos son rebatidos hoy por numerosos hombres de ciencia; algunos, sin embargo, se colocan en la parte común de la sociedad.

EL DESTRIPIADOR: ¿Fue Jack el UN PURITANO Destripador un criminal sexual?

Parece que la pregunta es obvia; mataba mujeres, siempre prostitutas y siempre de la misma manera: desgarrándolas el vientre con un cuchillo. Pero, ¿en qué lado, en qué vertiente sexual se encontraba Jack el Destripador? Parece ser que en el de los llamados normales; es decir, en el de los moralistas rigurosos. Jack el Destripador enviaba notas a los periódicos explicando sus crímenes, y se justificaba por ellos: quería librar a la

honesta sociedad victoriana de la laceración de la prostitución, madre de vicios, corruptora de jóvenes de ambos sexos, propagadora de terribles enfermedades que, entonces, no tenían curación. «Jack the Ripper», Jack el Destripador, blandía su cuchillo en defensa de la moral. Lo mismo diría el Vampiro de Düsseldorf, aunque más tarde, en unas confidencias hechas al doctor Karl Berg, el buen Vampiro reconocía que durante sus crímenes experimentaba placer. Se puede concluir entonces que este sádico lo era en la más directa acepción del vocablo, y que sus notas a los periódicos eran una especie de defensa previa, de justificación. Pero, ¿no es una conclusión demasiado simplista? ¿No pueden ir juntas las dos tendencias? ¿No hemos aprendido hoy, si no a entrar en el fondo de los caracteres, a descubrir su enorme complejidad? ¿No se puede llegar a decir que un exceso en el puritanismo es una forma de voluptuosidad?

NUEVAS DIMENSIONES DE LA PERSONA Las dudas sobre estas nuevas dimensiones de la personalidad humana, hasta entonces considerada como bastante plana, aparecen con el doctor Freud. Ensalzado, combatido, destruido, elevado de nuevo, convertido en mito, el doctor Freud y su obra pueden ofrecer toda clase de comentarios posibles, incluso en nuestros días, pero han abierto un largo camino en la manera de pensar al hombre y de considerarle. Tras el doctor Freud, quizá nadie haya contribuido tanto a variar los puntos fijos de las ciencias humanas y del comportamiento humano como el doctor Kinsey, partiendo de un sistema completamente distinto. Freud era, ante todo, un excelente escritor y un gran intuitivo; sus circunstancias personales, sus contradicciones propias, sus oscilaciones entre la fe religiosa judía que le rodeaba desde la infancia y el ateísmo en que creía estar inmiscuido, las presiones de la Viena antisemita de la época, las personas que le rodearon, contribuyeron a la creación de una obra genial y dudosa, discutible y admirable. Kinsey fue un empírico, un hombre de ciencia de nuestro tiempo, ajeno a la intuición y a la literatura. Su base era la estadística: su «Informe» se basó en el interrogatorio de millares de personas y el estudio analítico de las respuestas. Ello no quiere decir que no pueda ser discutido y hasta negado: lo sigue siendo por la escuela



sociológica conservadora. El resultado de Kinsey, la coronación de su trabajosa y difícil obra, está en esta frase: «Anomalías, perversiones y formas de comportamiento consideradas "contra natura" no tienen ningún origen patológico; son, al contrario, "naturales" y se deben a la variabilidad que es inherente al comportamiento humano». Es chocante el parecido de esta frase del sabio americano con una escrita por Sade en 1795: «Cuando (la Naturaleza) creó al hombre, se recreó en variar sus gustos de la misma forma que hizo distintos sus semblantes, y no debemos seguir asombrándonos de la diversidad que ha puesto en nuestros comportamientos ni de la que ha puesto en nuestras afecciones». Para un sociólogo conservador, Helmut Schelsky, de la escuela puritana alemana, la opinión de Kinsey —y, en consecuencia, la de Sade— «se pueden adoptar sin restricciones» y admitir que las llamadas desviaciones «no son en absoluto un signo de enfermedad, sino el campo biológico de la naturaleza humana». Pero rechaza la deducción de que esta variedad de comportamientos pueda ser integrado en la sociedad, formando lo que llama, con evidente asco, un «pluralismo democrático de la sexualidad». Schelsky aduce que hay unas fórmulas normativas de la sociedad: que ésta ha creado sus normas con vistas a la perpetuación de la especie, pero no de una manera anárquica, sino por la estructura de la familia, y que, por tanto, todas estas «otras formas» no pueden ser integradas: «Deben, al contrario, situarse fuera del plano de la normalización, en tanto que fenómenos no sometidos a la moral, y merecen, por esa razón, ser pasadas en silencio por la sociedad».

EL "ANORMAL" ES IRREVERSIBLE Para otros pensadores contemporáneos, en cambio, es ese rigor de la sociedad, ese silencio, esa negativa a integrar a quienes tienen las «otras» formas la que conduce al comportamiento extravagante y, a veces, al delito. Un

psiquiatra, también alemán, el doctor Buerger-Prinz, señala el drama del «anormal» que, rodeado de un aparato represivo y silenciador, convencido de su carácter de «ser aparte», que trata de integrarse en la sociedad de los «normales». Cuando lo hacen suprimiendo sus atracciones sexuales, quedan vacíos de sentido y de vitalidad; si no se integran, la sociedad los aísla. En cualquier caso, queda sin los apoyos normales que ofrece la convivencia. «Estas formas —escribe el psiquiatra— presentan a la larga, casi siempre, un carácter de servidumbre, de irrevocabilidad, de automatismo rígido. Frecuentemente se añade la progresión. Se entiende por este término que la sexualidad, en su deformación particular y por su actividad, toma una plaza cada vez mayor en la vida del hombre anormal. Así, por ejemplo, el exhibicionista llegará a aprovechar todas las ocasiones que se ofrecen a él y terminará provocándolas él mismo». Un comportamiento parejo puede esbozarse para el criminal sádico. De esta forma, Jack el Destripador provocaba la ejecución de sus deseos sádicos mediante la justificación de que libraba a la sociedad de una corrupción sexual; de que cometía un acto de integración a la sociedad librándola de una forma «anormal» del sexo, cuando en realidad se autosatisfacía. Se ha hablado algunas veces de los censores que eligen ese oficio para estar más cerca de lo que prohíben a los demás, para tener un acceso justificado a ello. A veces, la repudiación de una desviación con exceso de violencia puede ser la represión inconsciente de la misma tendencia «anormal» que sufre el que condena: ésa es, por lo menos, la idea del doctor J. West en su libro «Homosexuality».

EL INVENTO DE UNA MORAL La construcción de una «moral personal» por un criminal sádico no es un hecho extraño, sino habitual. Heath, criminal sádico inglés, cometió, por lo menos, dos crímenes en personas femeninas. Un perito psiquiatra le examinó y depo-

LOS SÁDICOS.

sitó sus conclusiones ante el juez. El diálogo que se desarrolló fue el siguiente:

JUEZ.—Entendámonos bien, doctor. Usted quiere decir que, desde el momento en que el acusado no tenía otra forma para satisfacer sus deseos que matar, ¿encontraba que hacerlo así era un acto moralmente «bien»?

DOCTOR.—Sí.

JUEZ.—¿Y que, en consecuencia, era incapaz de sentir que estaba haciendo algo malo?

DOCTOR.—Sí.

PERVERSIÓN Y PERVERSIDAD Esta conversación no evitó a George Neville Heath el camino de la horca. Pero tiene un significado: el criminal sádico no puede tener remordimientos porque no tiene noción de que su acto es malo. Llega a un punto en que su construcción moral le absuelve. Sí, muchas veces, finge arrepentimiento o remordimiento es para conseguir que la sociedad le indulte. Su verdadero deseo sería el de condenar él a la sociedad y explicarle que ha sido ella la que con sus presiones y sus represiones le ha impulsado por ese camino. Algunos sociólogos, algunos psiquiatras, cada vez en mayor número, parecen compartir esa idea de que la sociedad produce sus propios anormales. El doctor Hesnard hace una interesante diferenciación entre dos términos: perversión y perversidad. «Perver-

sión», dice, es una desviación de la tendencia, de la impulsión sexual normal; «perversidad» es una calidad más o menos anormal del carácter que impulsa al individuo a hacer el mal por el mal y a cometer o desear ciertos actos precisamente porque están prohibidos. Con respecto a los sádicos, Hesnard señala una categoría importante ajena a los impulsos sexuales: «Los monstruos que, asesinos a la manera de todos los asesinos, se dirigen en busca de un objetivo más o menos utilitario o por un sentimiento de violencia cualquiera, aliándose simplemente a un impulso oscuro y profundamente voluptuoso de matar, de suprimir la vida» y los «aficionados a la crueldad, a la sangre, al asesinato, que matan y mutilan con refinamiento, únicamente por matar». «Algunos buscan un tipo definido de mujer o de muchacha; otros matan a quien sea, no importa cómo, en serie. Muchos buscan niños o animales».

Sin embargo, Hesnard no considera a estos sádicos como criminales sexuales: para ello es necesario que su sexualidad «fracase en las actividades normales, que son suplantadas por los actos homicidas».

EL SADISMO DEL HOGAR Hay un sadismo menor, un sadismo oculto o casero. Un ejemplo simple queda definido antes en el pequeño ejemplo de la madre que cuenta a sus hijos cuentos de terror. Para el doctor E. Siebcke, «no hay que olvi-

dar que los actos de sadismo menos conocidos del público son obra de mujeres. En razón de sus fuerzas físicas más débiles, atacan a víctimas que son físicamente inferiores. Las brutalidades sádicas cometidas contra niños por sus madres, sus madrastras, su ama, revelan una variedad asombrosa de torturas físicas y mentales, pero raras veces se puede intervenir porque la joven víctima no tiene medio de quejarse. Es preciso señalar, por otra parte, que un gran número de "violencias sádicas", cometidas en niños o en adultos, no son verdaderos delitos sádicos; estas violencias son frecuentemente cometidas por seres simplemente faltos de sensibilidad y de corazón, mientras que los verdaderos sádicos y masoquistas son seres hambrientos de sensaciones y que intentan compensar de esa manera su falta de vitalidad».

CASOS DE ALGUNOS VAMPIROS A veces, el sadismo se atribuye a épocas, a circunstancias, a naciones. Algunos moralistas creen que es producto de una descomposición social, de una sociedad que permite que se relajen sus costumbres. Otros lo atribuyen a las guerras. Se ha escrito que la ola de películas de tema sádico (a partir del «Nosferatu» de Murnau) presagiaban en Alemania la llegada del nazismo, que iba a ser un período de entusiasmo y de exaltación a los sádicos, justi-

ficados por la «defensa de un ideal» y de una nación. Ciertamente, Alemania ha dado algunos de los más famosos criminales sádicos.

Es probable que nadie recuerde el nombre de Kürten, pero todavía queda su leyenda y el sobrenombre que le dieron los periódicos de la época: el Vampiro de Düsseldorf. Era un caballero sonriente, amable, bien vestido, correcto. Su habilidad para matar era tal que la movilización de la policía y del ejército no conseguían encontrar sus trazas. El terror reinaba en la ciudad. Como en estos casos ocurre siempre, cada ciudadano se lanza a sospechar y a denunciar a quien considera sospechoso: se dice que cerca de un millón de personas fueron denunciadas y pacientemente interrogadas por la policía; puede pensarse que en toda la comarca sólo quedó una persona libre de sospechas y que esa persona era el pacífico, el amable señor Kürten, y que el señor Kürten no hubiese sido nunca detenido si no hubiese tenido él mismo la peregrina idea de rogar a su esposa que le denunciase. ¿Por qué? En principio, por un motivo sórdido: para que ella pudiera cobrar la prima que se ofrecía por la captura del criminal. Probablemente, más probablemente, porque necesitaba aparecer a a la luz pública, porque creía que podría ser admirado como el criminal más inteligente de la historia y no se resignaba al anónimo. Es posible, también, que sintiese que la investiga-

La relación sexo-dolor en la obra del marqués de Sade es muy oscura y dudosa. Abajo, a la izquierda, Patrick Magee y Glenda Jackson interpretando a Charlotte Corday y marqués de Sade en la versión cinematográfica de Peter Brook del «Marat-Sade» de P. Weiss. A la derecha, Charles Denner y Danielle Darrieux en «Landrú», de Chabrol. Landrú, especialista en viejos y señoras, pasó al cine también bajo el nombre de «Monsieur Verdoux» en la famosa película de Charles Chaplin.





Dos famosos casos de sadismo. En 1965, Lesley Ann Downey (diez años), Edward Evans (diecisiete) y John Kilbride (doce) fueron víctimas de la pareja británica de desequilibrados Ian Brady y Myra Hindley (veintiocho y veintitrés años, respectivamente). En la foto, la señora Ann Downey y un grupo de policías al fondo en Hyde, Cheshire (Inglaterra), donde fue asesinada su hija. Abajo, policías llevan —tapado con una manta— al joven asesino del niño Emmanuel Malliart (siete años), cuyo cadáver fue encontrado en el bosquecillo Fosses Reposes, de Versalles.



Fotos: MARTINEZ PARRA, RAMON RODRIGUEZ y CIFRA

LOS SÁDICOS

ción policiaca llegaría a descubrirle y que entonces su carrera terminaría mal: descubriéndose a sí mismo ganaba la última partida. Finalmente, el Vampiro de Düsseldorf era, como Jack el Destripador, un «benefactor de la sociedad», como lo serían más tarde los nazis. Explicó que sus crímenes estaban destinados a borrar de la ciudad personas que no merecían la vida. Más tarde, en las confidencias hechas en prisión al doctor Karl Berg, admitió que experimentaba placer sexual en el momento de matar.

Kürten no era un caso único de la Alemania pre-nazi y nazi. La lista es larga y es impresionante: Denke, organista de la iglesia de Münsterbert, guardaba cuidadosamente los esqueletos de sus víctimas, los numeraba, los catalogaba, prefigurando un poco lo que iban a ser los terribles archivos de los campos de concentración; Harrman, un homosexual al que se atribuyen cincuenta víctimas y que, al final, convirtió en cómplice a uno de los muchachos que estaba a punto de asesinar, y continuaron juntos la terrible carrera; Lüdke, asesino de ochenta y cinco mujeres berlinesas.

UN CABALLERO VICTORIANO

Pero, como muy oportunamente hace notar Geneviève Manceron, un enorme número de criminales, entre ellos Jack el Destripador, aparecieron en la Gran Bretaña de la época victoriana, donde parecía reinar el orden, la satisfacción, la abundancia. Y la moral. Pero la Inglaterra victoriana era un modelo —y sigue siendo un patrón clásico— de la represión sexual. En ella vivía, contemporáneo de Jack el Destripador, el doctor Neill Cream, famoso entre las prostitutas por su manera cariñosa de aproximarse, por su pella con cuello de piel. Cuando llevaba a estas criaturas a su casa, las envenenaba con estricnina. Eran unas adorables píldoras sonrosadas... País de tradiciones, Gran Bretaña mantiene cuidadosamente la de sus asesinos sádicos. De «Jack the Ripper» y Neill Cream se puede saltar fácilmente a Haigh, autor de por lo menos cinco asesinatos hacia 1949. No distinguía hombres ni mujeres. Los cadáveres los disolvía en un baño de ácido sulfúrico después de haberles despojado de sus joyas y de su dinero, porque el móvil de su crimen era el robo. ¿Era el robo? Detalle inquietante: en algunos casos, antes de disolver el cuerpo, recogía sangre en un cazo y se la bebía. ¿No será también en este caso el robo un pretexto, una justificación para el crimen puramente sádico, como en otros casos podría serlo la «defensa de la moral»? ¿No puede ser

una censura impuesta a sí mismo —en el sentido freudiano de la expresión— para no confesarse «anormal»? Este podría ser el caso de los dos criminales masivos históricos franceses: Landré y Petiot. También Landré iba a pasar al cine, bajo el nombre de «Monsieur Verdoux», en una famosa película de Chaplin. Charles Chaplin recaló en ella, con el carácter exageradamente ostensible que ha dado siempre a sus creaciones, ese contraste entre el criminal implacable y el aspecto dulce, insignificante, que parece ser una constante en estos criminales. Landré era un especialista de viejas señoras. Petiot aprovechaba su consulta de médico, en la calle Lesueur de París, para atraer allí judíos a los que prometía la manera de hacerles salir del país, donde les perseguían los nazis; les convocaba con sus joyas y les asesinaba, guardándose las joyas y el dinero. Es difícil saber si en su mentalidad y en la de Landré existía solamente el provecho económico o había un singular placer en el acto de matar. Francia iba a ofrecer más tarde el caso inquietante y estremecedor del crimen de Lurs, el cometido por uno o varios de los miembros de la familia Dominici, en agosto de 1952, sobre la familia inglesa Drummond. Toda una serie de ritos arcaicos aparecen en ese crimen: la sexualidad, el dinero, el patriarcado terrible, la supervivencia tribal... En este caso, la dramatización ha sido hecha en España por Alfonso Sastre en su obra «La Mordaza», donde resalta especialmente los efectos de la opresión del ejercicio del crimen y del silencio sobre un determinado grupo social.

LA "ALGOLAGNIA" Y LOS OTROS SADISMOS

Aun buscando paralelos y concomitancias, no es posible encontrar para el crimen sádico unas constantes que le definan: no hay épocas, no hay lugares, no hay circunstancias que sean propicias al crimen sádico. O, más bien, todas lo son. No distingue de países ni de medios. No hay, tampoco, una unidad clara entre los criminales sádicos.

En principio, la confusión está en aplicar el vago término de sadismo a todo. Como se ha visto, en principio, el término de sadismo se utiliza para definir una «diferenciación» sexual, que puede ser perfectamente inofensiva. El doctor Lars Ullerstam, en su libro «Las minorías eróticas», llega a proponer que el término de «sadismo» deje de ser utilizado para clasificar a estos diferenciados sexuales por el de «algolagnia» (del griego: *algos* = dolor, *alagnia* = voluptuosidad) para evitar

que estas personas sean confundidas con los asesinos. «La gente —dice— tiene las más grotescas ideas fijas acerca del sadismo. Se piensa que sadismo es igual a crueldad y que las personas que lo experimentan son peligrosas para las vidas y la tranquilidad de los otros hombres». Sin embargo, dice, el sádico, en el sentido clínico de la expresión, suele encontrar el «partenaire» ideal en un masoquista, y la pareja así formada vive sin riesgos y sin escándalos. Si se aceptara el término de «algolagnia», referido exclusivamente a la perversión sexual, el de sadismo quedaría referido a la perversidad, sexual o no: al deseo de hacer daño, al de matar. Ullerstam niega que entre los sujetos de desviación sexual haya mayor número de criminales que entre los llamados «normales»: esta es la opinión de la mayor parte de los sexólogos. Sin embargo, cualquier policía especializada en las brigadas llamadas «de costumbres», refutará esta teoría mostrando sus ficheros, en los que están inventariados un gran número de delincuentes que además son diferenciados sexuales; de esta desproporción se saca rápidamente la conclusión de que puede haber concomitancias entre crimen y desviación sexual. Esta impresión rápida la descartan los científicos —se puede citar al doctor West— con otra teoría: el delincuente, ser aparte de la sociedad, rompe toda clase de «tabús», incluso los morales, incluso los normativos sexuales, como una parte de su desafío a la sociedad; como, a la inversa, el diferenciado sexual, fichado por su comportamiento íntimo, apartado a la fuerza de la sociedad, con dificultades de integración en los grupos «normales» e incluso dificultado para ejercer su profesión y encontrar medio de sustento, y se deja llevar por el camino del delito...

De esta forma, debemos diferenciar bien en el enorme campo del sadismo cotos muy distintos. En primer lugar están los «algolagnicos» o diferenciados sexuales, que buscan el placer en causar un cierto dolor; en segundo lugar aparece la infiltración del sadismo en la vida diaria: en cierto abuso de castigos, en la contemplación de obras o la lectura de libros de carácter sádico —ha quedado marcado, al paso, cómo todos los grandes personajes y crímenes de este tipo han ido pasando al arte de expresión y, muy especialmente, al cine, que ha creado un género importante llamado «de terrors», y otro paralelo, también sádico, «de violencia»: no es ocasión ahora para marcar las diferencias entre uno y otro—, en el trato a niños, a animales, a personas especialmente dé-

biles; en tercer lugar pueden aparecer los homicidas llamados sádicos, de los que queda hecha una lista. Y en un último y aterrador lugar, los grandes crímenes sádicos colectivos: los que se ejercen al amparo de un ideal político como el del nazismo, los del colonialismo o los de las guerras. Es preciso hacer notar en esta última categoría el carácter «gratuito» de estos crímenes —lo que les hace parecerse mucho al crimen individual del sádico— e incluso contraproducente para los propios motivos en cuyo nombre se cometen, y que quedan convertidos en pretexto. Los crímenes sádicos de los campos de concentración nazis han teñido para siempre unas doctrinas y han apartado de ellas a muchos que de otra forma las hubieran defendido; los crímenes del colonialismo han invalidado la penetración occidental, que sin su secuela de sevicias y humillaciones hubiera podido parecer, a quien no entrase en mayor análisis, como positiva; los crímenes de guerra, como los que se denuncian en el Vietnam, contraen en un rictus repugnante las motivaciones declaradas —«paz, libertad, etc.»— en cuyo nombre se realizan esas guerras.

TODOS SOMOS ASESINOS...

Queda, sin apenas analizar, la personalidad del asesino o del agresor «sin motivo», llamado sádico. El doctor Lombroso había acudido a la explicación del «criminal nato», sobre el que pesaba una especie de destino, inscrito en ciertos lóbulos del cerebro, que le obligaría tarde o temprano a matar. Esta teoría está descartada hoy. Se ha explotado también mucho en nuestros tiempos la especie de reacción agresiva que se forma en algunas mentes ante la imposibilidad de inscribirse en la sociedad técnica moderna, el desarreglo mental que produce una civilización de ruidos, prisas, tráfico: se ha dicho que en el país donde esta civilización es más avanzada, en los Estados Unidos, se producen criminales como el estrangulador de Boston o el muchacho que desde la torre de una universidad fue abatiendo uno a uno a todos aquellos que se ponían frente a su mira telescópica. Esta simple atribución es falsa. Puede variar la «técnica» del asesino, entre la carabina de precisión y la maza que la princesa Bathory hacía emplear a las forzadas damas de su corte, pero el conocimiento histórico del tema hace ver que se presenta en cualquier caso y en cualquier época. Hay teorías más aterradoras, como la del criminólogo J. V. Kremer, que dice: «Todos nosotros somos criminales en potencia: es una simple cuestión de circunstancias».